

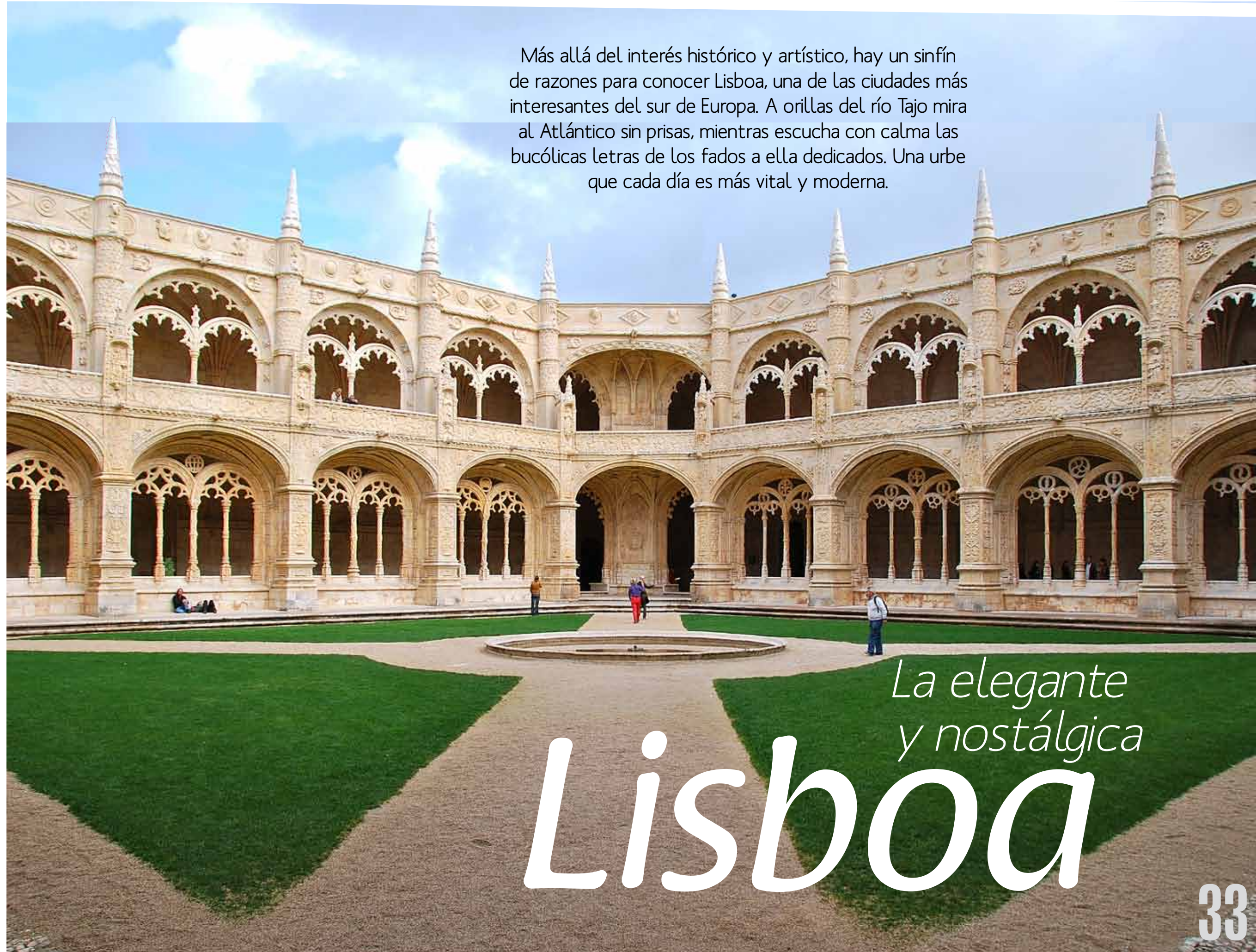


Elevador de Santa Justa en el barrio de Chiado, construido por un alumno de Eiffel.

Texto y fotos: Hernando Reyes Isaza

Quien llegue a Lisboa, ya sea por placer o por negocios, no tendrá problema alguno para recorrerla: es segura, su lengua tiene muchas analogías con la nuestra, la gastronomía es deliciosa, su clima es agradable y benévolo y en ella se funden pasado y presente de una forma fascinante. Asentada sobre siete colinas, ha mantenido desde siempre una íntima relación con el Tajo, el río que llega a ella para desembocar en el mar Atlántico: un estuario grande y ploteado al que los portugueses llaman "Mar de Palha".

En 1755 un devastador terremoto asoló la ciudad reduciéndola a escombros. Gracias a la visión futurista del Marqués de Pombal, fue reconstruida con esmero, elegancia y geometría.



Más allá del interés histórico y artístico, hay un sinfín de razones para conocer Lisboa, una de las ciudades más interesantes del sur de Europa. A orillas del río Tajo mira al Atlántico sin prisas, mientras escucha con calma las bucólicas letras de los fados a ella dedicados. Una urbe que cada día es más vital y moderna.

La elegante
y nostálgica

Lisboa



Vista del centro de Lisboa desde el Castillo de San Jorge con el Tajo al fondo



La Baixa de Pombal

Nuestra primera parada es en la terraza del Café Nicola, que fuera una importante librería, y donde se sentaron escritores de la talla de Pessoa, o Manuel María Barbosa du Bocage. Desde su interior observamos la gran Plaza de Rossio o de Pedro IV, eje social de la ciudad desde antes del terremoto. En el centro una columna sostiene la estatua de Don Pedro IV, rey de Portugal y emperador de Brasil. Se dice que no es Don Pedro sino Maximiliano de México. Parece ser que su escultor francés, Elías Roger, ávido por conseguir dinero optó por enviar la escultura de otro emperador que ya tenía terminada. Al fin y al cabo un emperador reemplaza a otro.

Esta plaza, con su suelo de mosaicos blancos y negros, es uno de los lugares míticos de la Revolución de los Claveles. Aquí, el 24 de abril de 1974, miles de mujeres adornaron con claveles rojos los fusiles de los soldados que devolvieron

Subirse al metro de Lisboa es toda una experiencia estética. Las nuevas estaciones de la ciudad —especialmente las de la línea que conecta el centro con el Campo das Nações— han sido decoradas por más de 50 artistas de diversos países.

la democracia a Portugal. Contemplamos el Teatro Nacional Doña María II, de corte neoclásico, para proseguir por esta zona que representa la operación urbanística más significativa de la ciudad. Enfilamos la peatonal Rua Augusta hasta llegar al gran espacio abierto que es la Plaza del Comercio, presidida por el Arco Triunfal, erigido para celebrar la reconstrucción de Lisboa. En ella tuvo su sede durante 400 años el Palacio Real da Ribeira, y la corte de Don Manoel I. Aquí desembarcaban los embajadores y huéspedes reales, por ello también recibe el nombre de Terreiro do Paço.

Políticos, escritores y artistas han pasado por el café más antiguo de todos, el de Martinho da Arcada —lleva 250 años bajo uno de los soportales de la plaza—, que tiene siempre una mesa reservada para Pessoa y otra para Saramago.

Para disfrutar desde las alturas de la llamada Ciudad Blanca nos dirigimos al elevador de Santa Justa, construido a finales del XIX por un discípulo de Eiffel. El ascensor comunica la Baixa, con el Chiado, para muchos, el barrio más elegante y con más *charme* de la metrópolis.

El Chiado de Siza

Víctima de un terrible incendio en 1988, el Chiado se sometió a una renovación de la mano del insigne arquitecto lusitano Álvaro Siza, quien esmeradamente supo mantener la esencia de un barrio venerado por todos. Y es que Lisboa siempre renace victoriosa, bien por haber sido sometida a una transformación tras las inclemencias de la naturaleza, bien porque las vanguardias se hayan aferrado a ella en el empeño de envolverla de modernidad.

El entramado de calles nos ofrece *ateliers* de artistas de todo tipo, librerías, anticuarios, galerías de arte, joyerías y

“HAY COSAS QUE SOLO LAS AGENCIAS DE VIAJES TE PUEDEN DECIR”

Para un viaje perfecto...

Lisboa es una ciudad bastante segura y se puede recorrer a pie, para lo cual un calzado cómodo es fundamental. Las colinas son algo pronunciadas por lo que recomendamos usar el transporte público: los tranvías que circulan por el centro. Consulte siempre antes los horarios de museos y atracciones en las oficinas de turismo o en Internet. Más información: www.visitportugal.com.



Arriba, tranvía por el centro de la ciudad.

Izquierda, Arco Triunfal de la Plaza del Comercio, erigido para conmemorar la reconstrucción de Lisboa.



muchos restaurantes. Es el corazón creativo y el lugar perfecto para las compras. Lisboa enseña nostálgica en el Chiado su pasado más aristocrático. Da fe de ello el café A Brasileira, un clásico del siglo XVIII donde tomar algún tentempié está muy bien visto. Ante las ruinas de la que fuera la Igreja do Convento do Carmo, somos testigos de las cicatrices del terremoto de 1755. Así, las arcadas del templo están a cielo abierto, ya que el techo se derrumbó por completo; el cuerpo principal de la iglesia, y el coro, que sí resistieron la catástrofe, albergan actualmente el Museo Arqueológico do Carmo.

El Barrio Alto de los postmodernos

La postmodernidad ha encontrado refugio en el inconformista y bullicioso Barrio Alto. Diseñadores y arquitectos fuera del circuito comercial se han empeñado en recuperarlo para generar un espacio "alternativo". Son varios los restaurantes y bares que salpican sus calles. Tras una tarde de paseos entre cuestras empinadas y fachadas románticamente desvergonzadas, optamos por cenar en Pap'Açorda, una institución

La construcción del Monasterio de los Jerónimos —himno lisboeta a los grandes descubrimientos de un imperio que abarcada desde Brasil hasta Japón— fue en parte financiada con los impuestos a las especias, el oro y las piedras preciosas llegados de ultramar.



Llamados "arte en trozos" los azulejos típicos de Portugal adornan interiores y exteriores de la ciudad.

gastronómica sin parangón que con su decorado rinde tributo a varios santos portugueses, recordándonos que el patrón espiritual de esta ciudad es San Antonio.

Por Alfama en tranvía

En la parada de tranvías Da Estrela, en el Barrio Alto, tomamos el antiguo eléctrico 28 hacia el barrio de Alfama, un enclave de alma árabe que ha sido tradicionalmente morada de pescadores. Desde las ventanillas observamos cómo bordeamos la Catedral —Sé—, para luego iniciar el ascenso imparable hacia el Castillo de San Jorge, levantado por los musulmanes, y que cuenta con el mirador más impresionante de toda la ciudad. Las fachadas del barrio, decoradas con azulejos, parecen resguardar los secretos de una zona llena de historia. Recovecos, placitas y calles adoquinadas reciben los melancólicos acordes de los fados que se escapan del Clube do Fado, un local donde esta música de las tristezas es la estrella; la voz de Amalia Rodrigues nos acompaña en la esquina, donde saboreamos unas exquisitas sardinas asadas.

El Castillo de San Jorge es el punto panorámico por excelencia de la ciudad. Sirvió de asentamiento celta, fortaleza romana, y punto de control de los musulmanes.

"HAY COSAS QUE SOLO LAS AGENCIAS DE VIAJES TE PUEDEN DECIR"

De Belém al mundo

Para celebrar los triunfos de Vasco da Gama en sus expediciones a Oriente, Don Manoel I erigió, en el barrio de Belém, el Monasterio de los Jerónimos. Patrimonio de la Humanidad, y de imponentes proporciones, destaca por su riqueza decorativa la que representa el más puro estilo gótico manuelino. En su interior se encuentran el Museo de la Marina y el Museo Nacional de Arqueología. Los portugueses fueron grandes navegantes, y antes de cada expedición los "buques de la aventura" soltaban amarras en la llamada Torre de Belém. Es ella la que hoy, junto con el Monumento a los Descubridores, homenajea a unos hombres que desde aquí alcanzaron gran parte del mundo.

En este barrio también se encuentra la sede de los pasteles más famosos del país: Pasteis do Belém, que preparados con una receta secreta, son todo un fenómeno de masas.

Una capital moderna

El Parque de las Naciones, construido para la Exposición Universal de 1998, marcó la etapa en la que Lisboa decidió dejar sus *saudades* a un lado, para mirar al futuro. El barrio de Cabo Ruivo, con sus refinerías de petróleo, sus depósitos de municiones y varios mataderos se convirtió en "una ciudad dentro de la ciudad" gracias al creativo proyecto de reformas y saneamientos ejecutado por Álvaro Siza con la colaboración del español Santiago Calatrava. La audacia arquitectónica nos sorprende en este moderno sector de Lisboa con la arquitectura del Oceanário, de la Torre de Vasco da Gama y el diseño de los pabellones de Realidad Virtual, del Futuro, o del Conocimiento de los Mares.

Desde entonces la capital europea amplía sus horizontes en un ambicioso plan de renovación urbanística que se extiende hasta el año 2025, y en el que han de participar entre otros, Jean Nouvel, Norman Foster, Renzo Piano y Frank O. Gehry. Sin embargo, la actual crisis económica en la que se encuentra sumida Europa podría cambiar el curso de las cosas. 🇵🇹

Terraza de la Torre de Belém, desde donde soltaban amarras los buques de los "descubridores".

